

El mar y el dinero

Inglaterra no siempre fue una isla. No hablo en el plano geográfico: supondría remontarse a la noche de los tiempos y buscar ridículamente, en los movimientos tectónicos, los resortes de la historia, sino en el plano político: si los franceses no hubieran conseguido, a trancas y barrancas, echar a los ingleses del Hexágono, con Francia o, al menos, con algunas provincias francesas se habría constituido un Reino Unido más que con el País de Gales y con Escocia. Londres no renunció con el corazón alegre a ese destino continental: fue necesario esperar a 1801 y una amonestación de Bonaparte para que el rey de Inglaterra dejara de presentarse como rey de Francia, por muy privado que estuviera de territorios franceses. Continental a medias, Inglaterra no se hubiera edificado sobre los mismos cuatro pilares que, siendo isla, lo ha hecho: el dominio de los mares al servicio de la construcción de un imperio; el poder del dinero y de los negocios; el culto al Parlamento, y la obsesión de impedir que se constituyera un Estado predominante en el continente. Estos principios recorren los siglos desde el reinado de Isabel I hasta el de Isabel II. Dejando aparte el Imperio, puesto que ha desaparecido, modelan hoy todavía la política británica.

Destinada a convertirse en la primera potencia marítima e imperial de la historia, Inglaterra empieza la partida con un considerable retraso en relación con España y Portugal. Mientras que estas se han cincelado desde hace ya casi un siglo sus dominios de ultramar, hasta el punto de lograr que el papa designe a la primera como potencia predominante en el oeste, y a la segunda en el este, la Corona británi-

ca se limita a entrar en la carrera de las posesiones por la puerta falsa: la de la piratería. Puramente mercantil en el siglo xv, se hace patriótica durante el siglo siguiente, legal incluso con el reconocimiento de las «cartas de marca»: a un capitán desvalijado por un bajel extranjero se le reconocía el derecho a indemnizarse con un barco de la misma nacionalidad. Reticente primero a desafiar el Moloc español, dando validez a las acciones de los piratas ingleses contra sus navíos, Isabel I no resistió los primeros éxitos de Francis Drake que acababa de echar mano a ciertos cargamentos de oro procedentes del Perú. Financió así, de sus arcas personales, las siguientes campañas. Recibió, pues, su parte del botín que él acumuló apoderándose de navíos cargados de oro y plata procedentes de Eldorado. La reina llevó incluso su provocación hasta ennoblecer a Drake ante los propios ojos del embajador de España. El corsario se convirtió entonces en vicealmirante y, al mando de una flota real, atacó a la marina española, esta vez como soldado. Participó de este modo en los combates ante Plymouth y Calais que desembocaron, en 1588, en la destrucción de la Armada Invencible. Una marina de piratas se convirtió de este modo, tras aquel éxito de David contra Goliat, en la Navy. El entusiasmo patriótico que acompañó aquel triunfo contribuyó a hacer que, en adelante, el dominio de los mares fuera un objetivo nacional.

Ahora bien, desde este punto de vista, Inglaterra tenía todas las bazas: unos conocimientos técnicos que le permitieron, ya en aquella época, gozar de mejores bajeles que sus enemigos y, sobre todo, insularidad obliga, una inagotable reserva de marinos sagaces, temerarios y empecinados. Con el dominio de los mares, el comercio puede emprender el vuelo y la constitución de un Imperio se convierte en su consecuencia natural. Desvalijar el oro español era solo la premisa. La pasión por el azúcar lo hace florecer, como más tarde hará el entusiasmo por el té y el café. El consumismo explica mejor la dinámica imperial que la mera ética protestante del capitalismo. Así, los ingleses consumen en el siglo xvii diez veces más azúcar por cabeza que los franceses. Del mismo modo, el té y el café provocan verdaderas adicciones, prevaleciendo el primero sobre el segundo solo por el efecto de derechos aduaneros calibrados de un modo distinto. Londres comienza a convertirse en el almacén de Europa, importando mercancías, tomando lo que necesita para su consumo interior y reexportando el resto hacia el continente. Eso ocurre especialmente

con el textil indio que debe pagarse a tocateja gracias al producto de otras exportaciones; así se pone en marcha progresivamente un mecanismo financiero y comercial cada vez más sofisticado.

Pero con la pasión por el textil y su corolario, la atracción por la India, Inglaterra encuentra en su camino un competidor más frágil, en apariencia, que el Imperio español, aunque comercialmente más temible: los Países Bajos y su brazo secular, la Compañía de las Indias Orientales. Esta, por sí sola, tiene dos veces más navíos que Inglaterra y ejerce en Asia un «monopolio público delegado» de una eficacia mucho más impresionante que la simple práctica de la piratería ante las costas de Jamaica. Entre ambos rivales se agudiza la competencia, hasta el punto de suscitar, entre 1652 y 1674, tres guerras comerciales que los británicos pierden, a pesar de que su flota se ha duplicado. Aunque dos veces y media menos poblados, los Países Bajos conservan su preeminencia.

En vez de empecinarse en un conflicto sin salida, como los franceses han hecho tan a menudo, los ingleses eligen la senda del pragmatismo, en nombre de lo que va a convertirse en un axioma nacional: «*If you can't beat them, join them*».¹ Primera gestión: copiar a los holandeses. De ahí la creación de la Compañía de las Indias Orientales británica, de acuerdo con el modelo holandés, y el recurso a las técnicas financieras practicadas en Ámsterdam cuando esta ciudad dominaba –de creer en Braudel– el mundo capitalista, especialmente con la creación de un banco central y el desarrollo de una bolsa.

Londres hará funcionar progresivamente el sistema a escala cada vez más amplia. Será tanto más fácil cuanto la Gloriosa Revolución de 1688 es también la oportunidad, citando la frase de Niall Ferguson, para una «fusión comercial» entre Inglaterra y los Países Bajos. Pero esta no fue tan «amistosa» –para utilizar el vocabulario de las fusiones de empresas– como podría imaginarse. Fueron necesarios 500 barcos –el doble de la Armada Invencible– y 20.000 hombres para permitir a Guillermo de Orange expulsar a Jacobo II y poner fin al reinado de los Estuardo.

El acontecimiento constituye mucho más que un cambio de dinastía. Convertido en Guillermo III, el «Stadhouder de las Provincias-Unidas» compra su legitimidad con respecto a los británicos

¹ «Si no podéis vencerles, uníos a ellos.»

aceptando el *Bill of Rights*. Es un alto precio: la concesión de la Corona a cambio del reconocimiento de la supremacía del Parlamento y la aceptación de los derechos individuales –para la aristocracia al menos–, entre ellos la afirmación de la libertad religiosa: se trata de «defender la libertad, la prosperidad y la religión de los súbditos de los ataques de un gobierno arbitrario». Se instala entonces, por «los siglos de los siglos», un modelo político constitutivo de la identidad británica. La democracia se identifica con una fuente de orgullo que se perpetúa hasta hoy, ante los ojos de un pueblo que habrá visto cómo sus vecinos vagan de un régimen político a otro antes de seguir su propio ejemplo.

Inmediatamente después de la coronación de Guillermo, convertido en William III, Inglaterra sigue siendo un jugador modesto: seis millones de habitantes frente a los veinte millones de franceses, recaudaciones fiscales cinco veces inferiores a las de Francia, un ejército cuatro veces más pequeño que su rival sueco. Pero dispone de una baza considerable: la estabilidad. Esta desempeña un papel clave en el increíble ascenso que hará de una modesta población insular la dueña del mundo. Estabilidad política, en efecto: los principios del régimen parlamentario se han fijado; con el paso del tiempo, tendrá que pasar del reinado de la oligarquía a la democracia electoral. Estabilidad económica: la afición al beneficio, la conquista de los mercados, la pasión del comercio inherente a la existencia de un imperio son ya irreversibles. Estabilidad instrumental: el dominio de los mares, protección de la insularidad y prenda del desarrollo imperial. Estabilidad diplomática: usar la astucia, el dinero, las alianzas de soslayo para mantener en Europa un equilibrio entre las potencias continentales, lo que supone echar una mano, en cada momento, al jugador más débil.

Increíblemente pasivo ante esta aproximación británico-holandesa, indiferente de momento al advenimiento de un rey protestante en lugar de una monarquía católica, disminuido es cierto por la inferioridad de la marina francesa, Luis XIV intenta a posteriori invertir el curso de las cosas. Pero sus tentativas acaban todas en fracaso puesto que quieren adoptar la causa de los Estuardo, apoyar los intentos de Jacobo II deseoso de poner, otra vez, los pies en las islas Británicas a partir de Irlanda y transformar el enfrentamiento en guerra religiosa. A Luis XIV no le queda más alternativa que reconocer a William

en 1697 y comprometerse a no seguir apoyando a los Estuardo. El conflicto es acompañado por un sorprendente cruce de población: 50.000 hugonotes huyen a Inglaterra tras la revocación del Edicto de Nantes y aportan al capitalismo británico suplemento de «ética protestante», mientras el mismo número de católicos, partidarios de los Estuardo, emigran por su parte a Francia.

Este conflicto es el primero de los seis que, entre 1688 y 1815, permitirán a la pequeña Inglaterra tomar ascendiente sobre la poderosa Francia, limitar sus ambiciones coloniales y, peor aún, dominarla económicamente. Una vez anexionada Escocia en 1707, la Corona no tiene ya obsesión territorial mediática: puede consagrarse al dominio de los mares y a la constitución del Imperio, objetivos que, ambos, pasan por el declive de Francia, puesto que España ha entrado ya en una fase de decadencia marítima e imperial. La «fusión anglo-holandesa», desde este punto de vista, ha simplificado para Londres la situación. Se pacta un «Yalta colonial» entre Inglaterra y los Países Bajos: Indonesia y el comercio de las especias para los holandeses; la ambición india y el comercio textil para los británicos.

La India está, en 1700, veinte veces más poblada que las islas Británicas. Es una inmensa potencia económica –el 24% de la producción mundial por el 3% de Inglaterra. Dominado por la dinastía de los Mughals, su sistema político parece sólido. La idea de una conquista del subcontinente a partir de algunas minucias controladas, en la periferia, por la Compañía de las Indias Orientales solo puede hacer reír a Delhi. Sin embargo, un siglo y medio más tarde será un hecho. En primer lugar, gracias a la renuncia de Francia a cualquier ambición india cuando termina la guerra de los Siete Años (1756-1763). Luego, gracias a un asiduo *lobbying* de la compañía ante el emperador Mughal, que le confía la administración de varias provincias y el derecho a cobrar impuestos. Finalmente, por efectos de una hábil política, decidida por el *Regulating Act* de 1773, que pretende lograr una mezcla entre los coloniales de la compañía y las élites indias. La fuerte implantación de los escoceses facilitó esa hibridación: marcados a su vez por su complejo de minoritarios, están más inclinados que otros a respetar la cultura india y a concentrarse en su objetivo –amasar una inmensa fortuna y repatriarla a Londres. Esos «nababs» –pues ese es el término original que designa a los británicos de transferir sus haberes a Inglaterra– solo son conquistadores por necesidad. El

dominio del subcontinente exige, sin embargo, importantes medios: la compañía tiene, en los años 1750, 100.000 hombres armados para mantener el orden, conquistar nuevas provincias y hacer que cesen las guerras intestinas entre autóctonos.

El ascenso inglés desde 1600 se resume –siguiendo también a Niall Ferguson– en un cuádruple movimiento: robar a los españoles, copiar a los holandeses, derrotar a los franceses y desvalijar a los indios. Pero esta política cuesta cara. Exige reforzar continuamente la Navy, de modo que sea superior en un 50% por lo menos –y será un principio hasta 1945– a la de su principal rival; eso supone invertir mucho en ultramar: en la India, en Canadá y en otros lugares; requiere levantar algunas tropas británicas –el Parlamento se muestra, a este respecto, muy avaro–, enrolar hordas de mercenarios y financiar el armamento de los aliados. Inglaterra consagra tres veces más dinero que Francia (porcentaje de su riqueza) a sus gastos militares directos y, sobre todo, indirectos (mercenarios, subvenciones). Necesita, pues, un sofisticado sistema financiero para obtener préstamos masivos y un régimen fiscal eficaz que asegure el servicio de la deuda sin provocar levantamientos por parte de los contribuyentes. El progreso técnico de la City permite a la Corona multiplicar por 24 su endeudamiento entre 1689 y 1815, y la existencia de impuestos de amplia base de la que no está exenta la aristocracia –¡qué diferencia con Francia!– permite obtener, en 1789, una proporción tres veces mayor de recaudación fiscal con respecto a Francia, sin provocar revoluciones ni revueltas. La deuda pública ha pasado de catorce millones de libras en 1700 a setecientos millones en 1815 y la carga de los intereses alcanza el 50% del presupuesto en tiempos de paz. Multiplicar las rentas procedentes del Imperio y entregarse con eficacia a su explotación se hace vital.

La preocupación económica, desde entonces, no deja de desempeñar el papel que corresponde al universalismo francés en materia de colonización. Exige establecer en el Imperio, especialmente en la India, el respeto por la propiedad y la definición de reglas jurídicas estables en beneficio de los indígenas, para insertarlos en el circuito económico. El Imperio va sustituyendo, progresivamente, a la Europa continental en el comercio británico. La participación de esta cae así del 74% en 1713 al 33% en 1803. Nada atestigüa mejor la visión mercantil que Inglaterra tiene de las relaciones internacionales que

su actitud tras la independencia de Estados Unidos. En vez de inmovilizarse por mucho tiempo en una posición de hostilidad política, Londres hace que prevalezca la ley de los intereses concediendo a los bajeles norteamericanos, cuando la antigua colonia se ha hecho ya independiente, los mismos privilegios en el Imperio que a los navíos británicos. Eso supone prescindir del orgullo para mantener a Estados Unidos en la esfera proteccionista colonial. Resultado: vencedora, junto a los insurrectos, en la guerra de la Independencia, Francia solo gana la gloria; humillado, el Reino Unido conserva sin embargo un dominio económico sobre su antigua colonia. ¡El sentido del beneficio fabrica el empirismo! Una vez decaída Francia, a partir de 1815, el Reino Unido puede llevar a cabo una política de desendeudamiento. Los gastos militares son menos pesados, concentrados en el mantenimiento de la primacía de la Navy; no sirven ya para enrolar mercenarios y subvencionar a los aliados.

Puesto que el Concierto de las Naciones asegura el orden en Europa, la obsesión se dirige hacia el comercio, el desarrollo del Imperio y la búsqueda de salidas en el mundo no occidental. De ahí la intensidad del debate interior, sin equivalente en ningún otro país, sobre el proteccionismo y la progresiva victoria del librecambio. De ahí el dominio cada vez más pronunciado sobre las colonias con, como piedra angular, la transferencia del poder, tras algunos motines locales, de la Compañía de las Indias Orientales a la Corona. Es el mismo objetivo que justifica la incansable política de Palmerston consistente en crear satélites de acuerdo con el modelo inglés como paso previo a la apertura de los mercados locales.

Pero evidentemente la gestión de la India representa el alfa y el omega del método británico. La creación del New Government of India es acompañada por una garantía financiera para que asegure la confianza de los prestamistas y de un sistema político marcado por los principios caros a Gladstone –un presupuesto equilibrado, una moneda estable, una fiscalidad no discriminatoria. El Indian Civil Service es un cuerpo de élite que permite encuadrar el subcontinente con apenas unos miles de funcionarios blancos. El ejército indio está dirigido con mano de hierro para garantizar el orden al este de Suez. Escuelas de alto nivel –algunas «Eton indias», dicen– permiten formar una élite local que acumula el privilegio de los brahmanes y la mediocridad a la europea, mientras que los indios más brillantes y

más aristocráticos son enviados al «alma mater» británica, a Oxford y Cambridge. Se trata, una vez más, de la capacidad de fabricar repetidores locales y multiplicar así los limitados medios de la Corona que caracteriza la andadura británica, al igual que, en el plano diplomático, el arte y el modo de lograr que las potencias europeas se levanten unas contra otras. El proceso no carece evidentemente de sobresaltos: se trata de generar una actividad económica que baste para cobrar impuestos, financiar el ejército, evitar el impago de la deuda sin provocar descontentos locales que pondrían en fuga a los inversores.

Se trata de una andadura colonial en los antípodas del enfoque francés. Del lado británico, primacía del comercio y la economía; de nuestro lado, la conquista de territorios. Para los primeros, el gobierno por las élites locales, en ósmosis con una tecnocracia colonizadora de gran calidad y poco numerosa; para nosotros, la proyección del estilo de administración prefectural, pintado de colores locales. Visto por Londres, el desarrollo económico de las colonias enriquece a la madre patria a la sombra de la protección tarifaria imperial. En París, por el contrario, el imperativo se dirige a la constitución de rentas locales en beneficio de los colonos, sin que la metrópoli obtenga de ello verdaderas ventajas económicas. Con este espíritu, se impone un *modus vivendi* en el conjunto de las colonias británicas. Generoso con los territorios de población occidental como el Canadá, Australia, Nueva Zelanda. Paternalista en Egipto y en la India. Más autoritario en África, con la intervención de compañías constituidas sobre el modelo de la East India Company aunque menos sofisticadas en el ejercicio del poder. Así comenzó a esbozarse una Commonwealth cuya estructura empírica, tan típicamente británica, le permitirá encajar los golpes y asegurar, llegado el momento, una transición bastante natural entre el Imperio y una organización descentralizada, simbólica y afectiva en adelante, pero cuya mera existencia permite todavía al Reino Unido desempeñar un papel superior a sus medios.

Inglaterra pudo, de 1815 a 1870, abstraerse en lo esencial de su necesidad de manipular la escena europea, para evitar la constitución de una coalición hostil que reuniese, contra ella, las potencias continentales. Aunque las circunstancias más bien protegieron al reino durante su magisterio, Palmerston trazó la línea con más crudeza

que todos sus predecesores y sucesores. «El reino no tiene enemigos perpetuos ni amigos eternos; solo tiene intereses.» Liberado de la obsesión por un ataque de Jarnac, que ha abandonado el continente, el Reino Unido pudo privilegiar a su guisa el mar abierto, las participaciones en el mercado, el comercio y el Imperio al abrigo de una flota cuya superioridad nadie intentó discutir durante aquellos benditos años.

Distraídos y desatentos, los gobernantes de Londres ya no ven, en los años 1860, cómo ruedan los dados en el continente. Los dos rivales de aquella época, Disraeli y Gladstone, no comprendieron en absoluto el ascenso de Prusia; asistieron como espectadores a la guerra austro-prusiana y a un desenlace que, gracias a la contención de Bismarck, abriría el camino a la resurrección del Reich. Asimismo, se les escaparon las probables consecuencias de la guerra de 1870: Disraeli jugó al Poncio Pilatos prefiriendo consagrarse al Imperio. Ofreció así a Victoria el título de emperatriz de las Indias en el que ella soñaba y se preocupó, casi exclusivamente, de proteger las líneas de comunicación con el subcontinente, aunque fuese a costa de fuertes tensiones con Rusia. De hecho, una vez Bismarck fue apartado de los asuntos públicos por Guillermo II, y abandonado el poderío alemán al albur de las chifladuras del Kaiser, el Reino Unido regresó a su principio cardinal de equilibrio en el continente. Desde este punto de vista, la prioridad que Alemania dio a la construcción de una flota que pudiese discutir la superioridad británica constituye un «trapo rojo» ante los ojos de los ingleses. Cuestionar el ascendiente británico en los mares constituye la peor de las provocaciones. De ahí, en 1904, la Entente cordiale con Francia. Reacción de absoluto clasicismo ante la afirmación de las ambiciones alemanas. Nada podía demostrar mejor la fuerza del principio de equilibrio continental que la constitución de una alianza tan contraria a la historia. Entre el enemigo hereditario, Francia, y el país gemelo, Alemania, dirigida por una monarquía con vínculos de sangre con los Windsor, solo la razón de estado pudo llevar a elegir a la primera, porque está debilitada, a expensas de la segunda, que se ha vuelto amenazadora por el propio exceso de su poder.

Pero el juego de la balanza funciona de nuevo al terminar la Gran Guerra. El Reino Unido no tuvo más objetivo, una vez lograda la victoria, que contrarrestar la voluntad francesa de abatir Alemania.

Negativa de Lloyd George a aceptar la frontera del Rin, deseo de preservar una Alemania coherente, reticencias ante unas reparaciones exorbitantes: Inglaterra no dejó de cepillar los intentos de su aliada. No obstante, obligados a permitir que los franceses marcaran en parte el tempo durante las negociaciones de Versalles, los ingleses apoyaron en los años veinte todas las reivindicaciones alemanas destinadas a reducir el pacto del tratado de paz.

Pero a veces los principios más arraigados vacilan. Así sucede con la increíble ceguera británica tras la llegada de Hitler al poder y, como advierte Churchill en sus *Memorias de guerra*, con el absurdo trabajo de zapa llevado a cabo por Londres contra las posiciones francesas. Del acuerdo unilateral dado a la reconstitución de la flota alemana a la no intervención en España, de la blandura, en 1936, ante la remilitarización de Renania al papel motor desempeñado por Chamberlain en Múnich, Inglaterra no era ya ella misma. Fue necesario aguardar el milagro de junio de 1940, en este caso la elección que hizo Jorge VI, tras la dimisión de Chamberlain, de Churchill en vez del pusilánime Halifax, candidato legítimo a Downing Street, para ver de nuevo al verdadero Reino Unido.

Nadie ha encarnado mejor, jamás, como el Viejo León los principios cardinales de Inglaterra. El dominio de los mares es la obsesión del antiguo Primer Lord del Almirantazgo y no cesó de intentar preservarlo. La voluntad de mantener el Imperio: fue el origen de todas las amistosas justas de armas con los norteamericanos, dirigidos por un Roosevelt visceralmente anticolonialista. La protección de los intereses financieros británicos en ultramar: Keynes peleó, a arañazos y mordiscos, contra sus *alter ego* estadounidenses para salvaguardarlos y evitar que se los entregara como garantía en beneficio de los acreedores del reino. La estabilidad del modelo parlamentario y del Estado de derecho: nunca Churchill intentó jugar al dictador de salvación pública y cortocircuitar Westminster; dio cuentas al Parlamento, en tiempos de guerra, como pocos gobiernos lo harían en otra parte, ni siquiera en tiempos de paz. Por lo que se refiere al hábeas corpus solo se produjeron modestas transgresiones. Con Churchill combatía la Inglaterra eterna. Ella se expresaba también tras la capitulación alemana. Ayudar a Francia a ser invitada a la mesa de los vencedores suponía crear un contrapeso frente al ogro soviético. Alentar la instauración de la República federal era, a la

inversa, sugerir que los franceses ejercieran una autoridad en exceso completa sobre el oeste de Europa.

Dividir, dividir, dividir: política de absoluta sencillez que proseguirá, cuando llegue el momento, en el seno de la Comunidad Europea y que recuperará su verdor histórico con ocasión de la caída del Muro, con una Margaret Thatcher dispuesta a todos los pactos fáusticos con el único fin de evitar la reunificación alemana. En lo referente a la habilidad adquirida durante decenios de *indirect rule*, es decir, influir a falta de poder mandar, permite hoy todavía a los británicos ejercer en todas las instituciones internacionales un papel desproporcionado con respecto a su peso real. La perennidad de la Commonwealth es, ciertamente, una baza clave, aunque solo sea simbólica. Incluso sin el Imperio, el Reino Unido no está solo en el mundo: los vínculos con los antiguos dominios no dependen de una habilidad neocolonialista, sino de una historia común y conservan hoy todavía un valor estratégico, aunque modesto. Así, los fundamentos de Inglaterra tal como se establecieron en el momento de la Gloriosa Revolución, se han perpetuado hasta hoy. Prueba, si las hay, de que pueden existir invariables en la historia.